co. Este debe tener por base las palabras mejor conservadas en su forma y representación. Estas palabras no pueden ser otras que los nombres míticos. Una palabra verdaderamente arcáica, conservada en una lengua antigua y guardando, mejor que en otras, las raices primitivas y el significado mítico y sagrado, es difícil que no venga del período de origen ó de vida íntima primitiva de las razas, y no pueda explicar los mitos de los otros pueblos en cuyas lenguas se conserva menos pura y sin significado, pero conservando todas las huellas de la identidad.

A los que desconfíen ó guarden prevenciones respecto de esta clase de estudios, debemos observar que los tiempos en que hombres como Platón buscaban y creian etimologías arbitrarias ó absurdas, han pasado ya, y que, si á pesar del método empleado, el investigador cae en algún error, no debe achacarse á la materia propuesta que no tiene nada de irresoluble ni ridículo; al contrario, los datos abundan, y de su comparación surgen coincidencias que si no son una prueba plena de la unidad, preparan el camino para llegar á ella.

EL TURANISMO.

Cualquiera que lea los clásicos, dice Bagehot, encuentra su mitología fastidiosa. «En este mundo antiguo, tan parecido al nuestro, en Grecia, en Roma, encontramos un elemento arcáico inverosímil; es el producto de una antigüedad remotísima, tan incomprensible para ellos ó más que para nosotros (1).»

Es, en efecto, este elemento arcáico el que se muestra rebelde siempre á la interpretación, por no haberse elevado los exegetas á la época remotísima en que apareció. Si el griego, el sanscrito y el latín no son capaces de darnos razón de él, preciso será apelar á idiomas anteriores, y que hayan conservado mejor las formas primitivas y la antigua significación. Hemos dicho ya cuales son, en nuestro concepto, las lenguas inmediatamente anteriores en la evolución á las aryanas y semitas; concepto idéntico al de la mayor parte de los profesores modernos de lingüística. Sabido es que la ciencia filológica divide las lenguas, según el orden de su aparición, en monosilábicas,

(1) W. Bagehot, *Lois scientifiques du development des Nations*, París, 1872.

aglutinantes y flexivas. En cuanto á las primeras, es bien fácil formarse idea de su extructura verbal; su misma clasificación lo está diciendo. No sucede así con las segundas, para cuya comprensión las personas que no estén iniciadas necesitarán algún ejemplo: Se dice que hay aglutinación cuando hay más adherencia que flexión en los elementos ó sílabas que se agrupan para formar la palabra; así hay aglutinación en las palabras francesas *arc-en-ciel* y *chef-d'-œubre*, pero en *ched-œubre* habría aglutinación con flexión; en el nombre *Newton*, que viene de *New-Town*, hay aglutinación, y en *Naples*, de *Neapolis*, hay flexión. No hay duda que pueden confundirse á veces estos dos estados de lenguaje; pero, en general, la flexión supone mayor compenetración y enlace. Es menester, pues, saber á qué atenerse respecto de las razas que hablaron y hablan en esta forma aglutinada y que son generalmente conocidas por el nombre de turanianas, al menos en el antiguo continente, razas que vienen después de tantos siglos de olvido á tomar puesto en la historia.

«El Turan es el reflejo del Arya, dice Bunsen. Las lenguas turanianas en su primer período presuponen la anterioridad del sistema lingüístico monosilábico, lo mismo que el celta, resto del primer período del sistema lingüístico de los aryas, presupone la anterioridad de lenguas turanianas. En esta transición, formada entre los chinos y el mundo aryano por el Turan, es en lo que consiste su importancia histórica (1).»

Esta importancia del turanismo, y hasta su existencia misma, han sido puestas, sin embargo, á discusión y en duda recientemente. Conformes todos en

(1) Bunsen, *Dieu dans l'histoire.*

que una nación turaniana, ó por lo menos, en que un pueblo hablando una lengua de esta clase inventó la escritura cuneiforme é inició á los asirios en su conocimiento, surgió la cuestión de si esta lengua reconocida turaniana, que se lee en las inscripciones, era la acadiana ó la sumiriana, cuestión, por otra parte, que en nada tocaba á la principal, es decir, á la de existencia de un elemento turaniano en la civilización asiria, cuando un tercer partido, no ciertamente el de los hombres de ciencia, se adelanta y dice: «Vuestra nación turaniana no ha existido jamás, y en prueba de ello citad un solo nombre de montaña, de río ó de ciudad en ese país, que sea debido á esa lengua singular. ¿Dónde están las huellas que debe dejar un pueblo que vive durante millares de años en un país? Todos vuestros documentos, llamados por los unos acadianos y sumirianos por los otros, son simplemente textos asirios escritos en un sistema particular de ideografismo.» Luís Jacolliot, autor francés de varias apreciables obras, si bien exentas de criterio científico, sobre motivos de la India, se hace eco de ese tercer partido, como él le llama (1).

En breves reflexiones haremos resaltar la ligereza, por no emplear otra palabra más dura, con que han sido escritos tales cargos.

La herencia de leyes, de religión, de lengua y de costumbres se transmite, en momentos que pasan desapercibidos y en sitios que no pueden ser determinados, en el seno de una misma raza. Una misma costumbre, una lengua parecida, idénticas tradiciones religiosas, pueden ser halladas, sin embargo, en los pueblos más diferentes y lejanos, como la *encubada*, por ejemplo; el vasco y los idiomas de San Lorenzo;

(1) Louis Jacolliot, *La Genese del l'Humanité*, pág. 57; París, 1875.

las pirámides egipcias y las mejicanas. Todo esto puede probar, aparte de la igualdad de efectos producida por la igualdad de causas, relaciones antiquísimas entre esos pueblos. Dos razas, diferentes hoy, pudieron haber tenido un origen común en virtud de la formación, tránsito y separación de variedades intermedias, conservando por lo mismo un fondo de tradiciones y costumbres más ó menos desfiguradas ó parecidas, pero sacadas de la misma fuente. Así, que si no fuera que las mismas inscripciones cuneiformes atestiguan la existencia de los reinos de Acad y de Sumir en la Caldea, pudiera creerse que la transmisión de esa escritura había sido hecha por una tribu turaniana á alguna tribu asiria anteriormente y en un punto cualquiera de la tierra.

«Hubo al principio en Babilonia, dice Beroso, una gran multitud de hombres de naciones diferentes que colonizaron la Caldea.»

«Los pueblos, dice el Génesis, habiendo venido del Oriente encontraron un campo en el país de Sennaar y habitaron allí.»

Es probable que entre esta diversidad de pueblos que ocuparon la Caldea, las razas turanianas predominasen ya.

Los nombres de Acad y de Sumir no tienen nada de nuevos; la Biblia hace mención de ellos, y fueron conservados también en los registros oficiales de los Reyes de Babilonia. Con el nombre de Turan sucede lo mismo; parece expresar la velocidad del ginete ó caballero. En época remota, sobre las riberas del Oxus y del Yaxartes, tribus aryanas y turanianas vivieron frente á frente durante siglos. El *Shâ-nameh* nos enseña que vivieron en guerra unos con otros. Cantar estas guerras es el objeto de aquel poema épico. ¿Quién sabe si la guerra de Troya y el poema de Homero no son reminiscencias de esta lucha de razas? Si fuera así, habría que retrogradar algunos miles de años la discutida fecha de la toma de Troya. La verdad es, que algunos nombres troyanos y el de la ciudad misma, más parecen turanianos que otra cosa. Ylion y Troya pudieran encontrarse en país vasco con el significado de ciudad ó de buen pueblo ó de gran población. Hector, parece *Aitor*, Casandra, *Echandra* ó señora de la casa, nombre dado también á la luna en otra lengua.

Cuando Jerjes quiso pasar el Helesponto, se detuvo en la altura donde la tradición suponía que había estado Troya, y sacrificó una porción de bueyes á Minerva, hecatombe que hacía en honor de los priámides, de los cuales se tenía por descendiente. ¿No podría ser esto un vago recuerdo de los orígenes turanianos de su país?

En las epopeyas indias de época más moderna, Turbasa y los suyos que representan á los turanianos, son malditos y privados de su herencia en la India; pero en los Vedas, Turbasa es un nuevo adorador de los dioses aryanos. Es indudable que las dos razas ejercían una influencia recíproca y que en esa larga relación de enemistad se tomaron mucho la una á la otra. La palabra Arya no es desconocida más allá del Oxus, donde se ve un pueblo que se llama Aryaco y otro Antariani. En tiempo de Dario había un rey Ariantes; otro contemporáneo de Jerjes, se llamaba Aripithes *(ariapati)*, y había un *Spargapithes*, ó *svargapati* (señor del cielo).

Todos están conformes hoy en que una de las lenguas escritas en cuneiforme es una lengua turaniana, aglutinada, de la familia uralo-finesa. Algunas palabras de esta lengua hablada en Caldea en tiempo de Nabucudurrusur, son empleadas todavía con el mis-

mo significado por los modernos magyares. La existencia, pues, de una antigua civilización turaniana en Babilonia, lejos de ser una ilusión de la ciencia, es el hecho más capital, nuevo é inesperado, como dicen con razón Bunsen y Lenormant, que ha salido del desciframiento de las inscripciones. La escritura cuneiforme parece obra de Sumir. Hay un grupo de dos caracteres ideográficos que representa á este pueblo. El primero significa la lengua, y el segundo, entre otros valores, la flecha y las dos acepciones de adoración y vaticinación. Otras veces, Sumir es sustituido por un ideógrama, significando el país del verdadero señor. Todo induce á creer que el idioma turaniano conservado en el cuneiforme, es herencia de una tribu anterior á los asirios en Caldea y de quien éstos aprendieron la escritura. Opert demostró que el asirio era lengua semítica: las palabras aisladas de los idiomas de esta familia, encuentran sus homólogos en el asirio; pero el valor fonético de los monógramas cuneiformes forma palabras que no son asirias ni semitas. Así, el monógrama que en el texto asirio responde, por ejemplo, á la idea de casa *bit*, es asirio; leido ponéticamente, como leía seguramente el pueblo inventor de esa escritura, es *val*, significación de casa en la lengua turaniana medo-escítica, que es una de las que se leen en las inscripciones. Hay monógramas, sin embargo, cuyo valor fonético da una palabra que no explican las inscripciones medo-escíticas, y entonces es preciso recurrir á las lenguas de la misma familia; así el ideógrama que da la idea de raza, se lee *niman*; pues en magyar *nem* es raza. El ideógrama que en asirio es espada, se lee fonéticamente *pal*, y en magyar, *pallas* es espada. En el nombre Nabucodonosor se lee fonéticamente esta palabra: *Ampasadusis*, é ideográficamente, en asirio, se lee *Nabucudurrusur* que significa:

Nebo protege á mi familia, siendo usual entonces emplear nombres que expresaban frases enteras. Todo prueba que esta escritura fué inventada por una raza turaniana. No faltó quien estudiando los signos constitutivos del cuneiforme y remontándose á las imágenes ó formas que estos signos representaban en su origen, creyese ver la patria de esta escritura en otra región más septentrional que la Caldea, cuya fauna y cuya flora eran notablemente diferentes; donde ni el león, ni los grandes canívoros de raza felina eran conocidos, y donde la palmera no existía. Sea de esto lo que quiera, es indudable que un elemento turaniano, civilizador y religioso, influyó poderosamente en la civilización asiria, y en el curso de este estudio veremos que esta influencia se extendió á las dos razas, semítica y aryana. Bunsen vió el primero esta solidaridad humana en el dominio de la etnología, de la lingüística y de la religión, abarcándola en un solo golpe de vista. «En el esfuerzo, dice, que el turanismo ha hecho hácia la libertad, la conciencia de Dios y la exaltación estática, hay un elemento que debe encontrarse supuesto. Vendrá un día en que este elemento se modificará, se transformará, aspirará á la medida y adoptará una forma reflexionada. Todos los progresos futuros de las religiones hácia este ideal elevado, se encuentran ya como bosquejados en la lengua de los turanianos.

A su vez el turanismo tiene su fundamento orgánico en la civilización anterior, en el sinismo ó pueblos monosilábicos» (1).

Pero esto no es más que una mira del genio que necesita comprobación; es, pues, preciso descender á los detalles y aducir las pruebas. Es hora ya de conside-

(1) Bunsen, *Dieu dans l'Histoire*, pág. 87; París, 1868.

rar la etnografía como historia natural. La noción de raza como la de especie no debe indicar en adelante una separación profunda y radical, sino una divergencia paulatina en que caracteres nuevos debidos á nuevas condiciones, surgen débiles y pequeños, se desarrollan, llegan á equilibrar y á veces á oscurecer ó superar á los antiguos.

Nada se opone en principio á que los asirios y el resto de la raza semítica lo mismo que la aryana hayan heredado de los turanianos elementos de civilización permanentes en el orden civil y religioso; es, al contrario, muy natural y lógico que las razas posteriores procedan de las que fueron anteriores, y les deban su contingente moral como les deben el organismo físico. Esta transmisión de la enseñanza de unas razas á otras, no puede decirse que sea hecha en determinados sitios, á no ser cuando se funden y mezclan dos razas por la conquista, sino que la regla general en las tribus antiguas era la tradición de padres á hijos. Al separarse de las otras, un grupo de tribus hermanas llevaban consigo este fondo común de tradiciones y de conocimientos que comenzaban desde entonces á diversificarse, aumentando, disminuyendo y adquiriendo caracteres nuevos que á la larga y después de varias bifurcaciones acababan por establecer entre ellas diferencias tan grandes á primera vista, que bien pudieran hacerlas pasar por completamente extrañas las unas á las otras. Mas antes que estos caracteres se acentuasen de un modo tan considerable en el seno de uno de los grupos más privilegiados, la cultura presentaba por largo tiempo un aspecto bastante uniforme en todas ellas para poder ser clasificadas bajo una misma denominación genérica y reconocidas como una sola raza de propiedades esenciales. Es este estado de evolución, casi igual-

mente determinado en las tribus turanianas, antes que surgiesen de su mismo seno las variedades aryanas y semitas, el que vamos á estudiar. La investigación etimológica que haremos después, no tendría buena base si no quedase probada la transmisión por herencia del espíritu turaniano á estas últimas, modificadas y desenvueltas más tarde por la acción de nuevos elementos hasta el punto de parecer razas diferentes.

La porción de tribus repartidas en una extensión inmensa de territorio en Asia y en Europa, hablando lenguas conocidas con el nombre de turanianas, habían ocupado la mayor parte del antiguo mundo antes de las emigraciones semíticas y aryanas. Del Tigris al Indus poseían todo el territorio en que figuraron después los iranianos. La Media siguió llevando, después de la invasión de estos últimos, su nombre turaniano que significa país. En Europa era quizá la misma raza que con caracteres mongólicos nos describe la arqueología prehistórica, antes del período glacial, y de la que probablemente descienden los pueblos del Ural, los Lapones, los Fineses y los Eúscaros, divididos y arrollados por invasiones sucesivas ó por la acción de los elementos. Esta civilización turaniana, tan incompleta como se quiera, duró, según el historiador Justino, quince siglos; período bien corto aplicado á una civilización primitiva y por lo mismo estacionaria; pero ya se sabe cuánto horror tenían nuestros antiguos á las fechas largas, preocupación que dura todavía. El lugar y el momento en que aparecieron estos pueblos, es un secreto aún; los que pretenden que su centro de irradiación en el mundo es el lago Aral, no hacen sino proporcionar un argumento, aunque de poco alcance, á los que niegan la existencia del turanismo, fundándose en que aquel

país es improductivo y árido para ser semillero de numerosas tribus. Esto no es extraño; hay casi siempre nieblas en todos los orígenes; es preciso esperar á que el sol de la ciencia las vaya desvaneciendo poco á poco. El turanismo no es más que una palabra inventada por los aryas para distinguir á sus enemigos, palabra ó nombre con que designamos hoy esta raza de conformación particular, de caractéres especiales, cuya forma se aproxima más que ninguna otra al tipo mongol contemporáneo ó á la idea que de él tenemos, á pesar de su mezcla y diferencias, y cuyo lenguaje posee la aglutinación en alto grado; raza, que no por haber cumplido ciertos progresos materiales pierde el temor á lo invisible, ni la creencia en fuerzas espirituales superiores, ni la necesidad de comunicar con el gran todo por medio de esa disposición extraordinaria del organismo que produce el éxtasis. Estos caracteres resaltan todavía en los pueblos modernos de esta raza. Castren afirma que la creencia en el encanto es rasgo común á todos ellos, inclusos los más inteligentes. El chamanismo indio, el druidismo británico, el pitonismo griego y el profetismo hebreo bien pueden ser herencia turaniana.

De cualquier modo, hay una cosa cierta, y es que el turanismo es anterior al aryanismo. Respecto del Arya no cabe duda alguna de la prioridad de una civilización turaniana; se ha visto ya su influencia sobre el mayor de los imperios semíticos, la Asiria. La escritura cuneiforme era, pues, su obra, y los asirios la emplearon largo tiempo heredando así las ventajas de progresos anteriores llevados á cabo por una más antigua civilización. Veremos después cuántos elementos religiosos debieron los aryas al Turan; mas ante todo debemos examinar lo que haya respecto de la invasión de estas últimas razas en Europa.

Todos los descubrimientos hechos por la Arqueología prehistórica en el período cuaternario, dan á conocer una raza, primera poseedora de la Europa, perteneciente al tipo designado con el nombre de *mongoloide*; tipo representado en el día por los lapones, los groelandeses, esquimales y finlandeses. Pero sobre la última capa de terreno producida por los arrastres diluviales, aparece un nuevo tipo semejante en todo á las modernas razas que, procedentes de Asia, ocupan hoy el centro y el Mediodía de Europa. Coincide con este trastorno geológico la venida de los celtas ó primera invasión aryana. Nada se sabe, ni es posible saber á punto fijo, respecto del lenguaje usado por aquellas razas de la edad de piedra; pero si nos fijamos en que su tipo físico era idéntico al de los hombres que actualmente habitan en los climas helados del Nordeste, debemos suponer con grandes fundamentos, que su lenguaje habrá tenido con el de estos últimos bastante analogía. Es muy probable, pues, por no decir seguro, que la lengua de los habitantes prehistóricos de Europa tuvo un carácter de aglutinación, más ó menos definido, con formas y raices primitivas que habrán sido heredadas también en otros sitios por el turanismo. De este modo pueden tener explicación las semejanzas que se notan en idiomas tan diferentes y lejanos, habiendo tenido un origen común antes de la aparición de la raza turania propiamente dicha. Si fué así, es preciso deducir también que los hombres del período cuaternario, por lo menos en las últimas épocas del reno y de la piedra pulimentada, habían salido ya del estado salvaje, porque las lenguas no se fijan hasta que se fijan los pueblos; y así como la época del bronce coincide con la primera invasión aryana, del mismo modo, acaso, aquellas otras marcan un progreso debido á invasiones turanianas.

Figurémonos una agrupación de tribus turanianas formando cuerpo de nación y haciendo vida sociable como los aztecas y peruanos, y desde entonces tendrá una superioridad inmensa sobre todas las demás que no alcanzaron estas condiciones; su poder y su influencia se extenderán, su lengua se generalizará y llegará á absorber los dialectos que están á su alrededor, sus recuerdos y tradiciones se fijarán, y su religión y sus dioses llegarán á imponerse á todos los que acepten de grado ó por fuerza su misión civilizadora. Es lo que sucedió y lo que sucederá. Desde ese momento, las tradiciones sociales y religiosas de las otras tribus, se funden ó descomponen y se desvanecen con el tiempo. A nosotros, á los tiempos presentes, llegan Sumir, Asiria, Egipto, India, China, Grecia y Roma. Lo demás es perdido. Secretos importantes quedan sepultados para siempre con gentes desconocidas; ¡pueblos pequeños que se hunden en el polvo con sus grandes cosas!

La ciencia exhuma de cuando en cuando algún representante de esas civilizaciones atrasadas. Sus últimos hallazgos fueron, Acad y Sumir; pero esta resurrección le costó un milagro: el desciframiento de los cuneiformes.

Todo lo dicho en la exposición anterior puede aplicarse á algunas de esas tribus turanianas que logró imponerse á las demás por su inteligencia, por su fuerza ó por un poder de expansión inexplicable. No debe suponerse en las razas del Turán ese invencible espíritu nómada, esa especie de tendencia al salvajismo que algunos le suponen; ellas han fundado y sostenido imperios colosales en épocas recientes. ¿Por qué no habrán podido hacer lo mismo en tiempos antehistóricos? Todo indica que hubo en el mundo una cultura perdida en las nieblas del pasado y cuyos vestigios podemos apreciar en los pueblos históricos. No quiere esto decir que aquélla fuese superior á la de estos últimos, sino que les sirvió de punto de partida. No es posible civilización sin sociedad, no es posible el turanismo, como no fué posible el aryanismo, sin un pueblo que reconcentrase en sí desde un principio todo el espíritu de su raza. Es preciso que un pueblo sea el resumen de una época, que un imperio represente un mundo; la civilización procedió así hasta la época de las nacionalidades. La religión, las tradiciones, las fórmulas mágicas y los nombres santos de la raza, fueron desde entonces patrimonio suyo; el mundo entero le deberá sus dioses; todos los grandes mitos del porvenir procederán de allí. Pero este modo de ser, en nada se parecería al de los imperios históricos; no había estado ni organización en él; las tribus de la misma raza pactaban y se entendían para sostenerse en la lucha por la vida.

Las tribus turanianas ocupaban en Asia y en Europa extensos dominios; todo el territorio comprendido desde el Indo al Tigris, es decir, la Gedrosia, la Persia, la Media y parte de la India, era propiedad de esta raza. Estaban circunscriptas al Norte por la cordillera de Cabul, en el moderno Afghanistan, y tocaban los bordes del mar Caspio, siguiendo la cordillera que concluye en el Asia menor. El camino se les presentaba expedito para penetrar en la Tracia por donde fué después Bizancio, pues el canal de Constantinopla no debía existir aún. Una vez en la Turquía europea, las emigraciones debían dirigirse al Sur y al Occidente, no sólo por la bondad del clima, sino porque el camino continuaba siendo franco y abierto, mientras que por el Norte los montes de la Misia y de la Panonia, les oponían obstáculos.

Otras emigraciones más antiguas debieron efectuar-

se por el Norte del mar Caspio. Los estonianos que parecen ser una rama separada muy al principio de la raza turaniana, y con ellos otros elementos uralo-fineses y otros tipos precursores de los aryas, variedades de la misma raza, habrán realizado en la edad de la piedra la invasión del Norte. El tipo aryano pudo existir y existió, en efecto, antes de los celtas, mezclado con las tribus turanianas de cuyo seno salió sin duda alguna, como en bosquejo, variando luégo de forma y de carácter en virtud de una evolución secular hasta llegar una de sus más perfectas ramas á hacer su brillante aparición con el Rig-Vedla. Así se explica el hallazgo de cráneos, dolicocéfalos y braquicéfalos en los mismos sitios y en las mismas épocas.

Es preciso, para ver claro en esta materia, abandonar esa constante preocupación del *fiat*, que persiste aun, aunque perdiendo terreno cada día, sustituida por la creencia en la ley natural de evolución. Las razas no se forman como por ensalmo, ni se puede prescindir de las divergencias operadas en las ramas laterales, de su alejamiento del tronco original, y de la detención de desarrollo de algunas de ellas que quedan intermedias entre el tipo anterior del cual proceden y el carácter definido de la nueva raza.

Todos estos pueblos invasores, sobre todo, los del mediodía, hablaban una lengua muy parecida al eúskaro, á juzgar por las huellas ó vestigios de la toponimia; y respecto á los del Norte, estudios modernísimos vienen también á confirmar la existencia allí de lenguas semejantes.

EL EÚSKARO.

I.

Entre las huellas que dejó en Europa el turanismo, sobresale el eúskaro ó vascuence. ¿Cómo está aquí agonizando á las faldas de los Pirineos este idioma solitario sin parentesco alguno conocido á su alrededor? ¿Qué edad es la suya? ¿De dónde vino?

El profesor Huxley ha sentado en una de sus *lecturas*, «que la lengua vasca era la desesperación de los filólogos.» Esta apreciación exacta quizá cuando se hizo, no lo es hoy tanto, y lo será cada vez menos. Sucederá con esto lo que con el célebre fósil de Oeningen que fué también la desesperación de los naturalistas hasta que Cubier adivinó primero y confirmó después que era una salamandra enorme. Puede, en efecto, ser comparado el vasco á uno de esos fósiles que carecían de congeneres antes del descubrimiento de esas admirables leyes de correlación que forman la paleontología, y es porque la lingüística dista mucho de ser perfecta aún. La filiación del eúskaro es desconocida y sus colaterales inmediatos han desaparecido ya; puede decirse que él es á la lingüística